

**FRONTERA NORTE DE MÉXICO:
EXHUMACIONES TRASHUMANTES: LA DESEDIMENTACIÓN
DE RUINAS Y ARCHIVOS EN *AUTOBIOGRAFÍA DEL ALGODÓN*,
DE CRISTINA RIVERA GARZA**

NORTHERN BORDER OF MEXICO:
TRASHUMANT EXHUMATIONS: DE-SEDIMENTATION OF RUINS
AND ARCHIVES IN *AUTOBIOGRAPHY OF COTTON*,
BY CRISTINA RIVERA GARZA

Patricia Georgina RICO LEÓN

patricia.geo.rl@gmail.com

Resumen: En *Autobiografía del algodón*, Cristina Rivera Garza emprende un retorno a un origen personal y genealógico a partir de los indicios materiales de aquellos procesos sociales, territoriales y ecológicos que afectaron —y continúan afectando— la frontera norte de México. Con el fin de acercarse a las múltiples temporalidades, trayectos y conexiones históricas que articulan su narración, este artículo acude a la figura de las ruinas, la *hauntología* derrideana, la estratificación geológica del tiempo en la escritura, y la atención a la mutabilidad del archivo y el territorio. Atendiendo a la constelación conformada por los distintos objetos y procesos que afectan los recorridos de búsqueda descritos en este libro, se destaca la yuxtaposición de dos redes de espectralidades que asedian un mismo terreno: la de un pasado múltiple, erosionado y sedimentado, y la de la amenaza presente de la devastación y la violencia. Se analizan, así, los esfuerzos de la narración por hacer frente a los sedimentos del pasado, no a partir de una mirada restauradora, sino mediante una andanza investigativa atenta a los riesgos de un presente desajustado.

Palabras clave: Escrituras geológicas. Hauntología. Ruinas. Archivo. Viaje.

Abstract: In *Autobiography of Cotton*, Cristina Rivera Garza undertakes a return to a personal and genealogical origin based on the material traces of those social, territorial, and ecological processes that affected—and continue to affect—the northern border of Mexico. In order to examine the multiple temporalities, paths and historical connections that articulate its narrative, this article turns to the concepts of ruins, Derridean hauntology, geological stratification of time in writing, and the attention to the mutability of archives and territory. Analyzing the constellation made up of the different objects and processes that affect the search described in this book, the juxtaposition of two haunting aspects that besiege the same territory stands out: that of a multiple, eroded and sedimented past, and that of the present threat of devastation and violence. Thus, this article studies how the efforts of this narrative to confront the sediments of the past do not follow a restorative perspective; instead, they are presented as an investigative journey attentive to the risks of a present out of joint.

Keywords: Geological writings. Hauntology. Ruins. Archive. Travel.

Una operación desedimentativa

Contemplar ruinas no parece un ejercicio compatible con la indiferencia inmóvil. Al menos así lo aseguraba, a mediados del siglo pasado, Rose Macaulay. Para mostrar que esta fascinación se extendía hasta los más profundos rincones de la cultura, la escritora inglesa reservaba las líneas inaugurales de su paradigmático ensayo sobre el tema a trazar el vínculo entre la atracción provocada por las ruinas y los más arcaicos intereses literarios: «the earliest extant literature in all languages», resaltaba, «deals largely with all these haunts of the catastrophic imagination of man» (Macaulay 1). De esta manera insertaba su propio texto en una larga línea de pensamiento que ha buscado, desde distintas ubicaciones, pretensiones y fundamentos, transitar desde y a través de la afectación de las ruinas, darle sentido al encanto de su aparición. Al igual que tantos otros pensadores, Macaulay detectaba en su contemplación el reconocimiento de múltiples tensiones. Como María Zambrano (314), advertía que en las ruinas «la historia se ha hundido en la naturaleza» y, como Georg Simmel («Las ruinas», 124), notaba que su aparición «proporciona la forma presente de una vida pretérita». Quizá por ello desde un principio se atrevía a referirse a las ruinas como *haunts*, es decir, como lugares que frecuenta aquella supuesta «imaginación catastrófica», pero también, en una acepción paralela, como obsesiones, como encantos. En todo caso, como lugares que (nos) mueven e, incluso, como sitios de una cierta espectralidad.

Salvando las distancias teóricas e ideológicas, estos mismos elementos siguen ocupando a buena parte de los acercamientos recientes a las ruinas. Para Marc Augé, por ejemplo, estas «constituyen una quintaesencia del paisaje: en efecto, lo que ofrecen a la vista es el espectáculo del tiempo en sus diversas profundidades». Según argumenta, su disposición «añade al inmemorial tiempo geológico los tiempos múltiples de la experiencia humana y los enmarañados tiempos de la reproducción vegetal» (84). Y en la identificación de los diversos sedimentos temporales y materiales que estos paisajes revelan, la lectura de Augé no se encuentra sola. Este mismo aspecto ha adquirido protagonismo incluso en ciertas propuestas que, aunque parten de una revisión del imaginario y los estudios sobre la ruina, cuestionan la utilidad o la mera posibilidad de partir de este concepto cuando se le interpreta como un objeto unificado y diferenciable. Así sucede en el trabajo del antropólogo Gastón Gordillo, quien se inclina por abocarse no a las glamorosas ruinas, homogéneas y bien delimitadas, que tanto interesan a los discursos de conservación del patrimonio, sino a los escombros [*rubble*] informes (2) que permiten observar las fuerzas activas de la destrucción, fuerzas que, no repara en señalar, están políticamente informadas y se encuentran imbricadas en un espacio temporalmente estratificado (11). Así sucede también en el planteamiento de Sergio Villalobos-Ruminott cuando, llegando esta vez desde la *hauntología* de Jacques Derrida al *haunt* de la ruina, propone abordar «los procesos de sedimentación y las dinámicas de suelos que caracterizan a la historia del poder como configuración de una economía territorial» (199). La conexión que establece este autor recupera la forma en que Derrida (*Espectros* 12) concibe al *espectro* [*haunt*] como aquello que «sucede entre dos». Como aquel pasado en el presente al que aludían Macaulay, Zambrano y Simmel, o bien, como aquellas dinámicas, procesos y tiempos heterogéneos que, según Augé, Gordillo y Villalobos-Ruminott, coexisten en estratos y escombros, el espectro para Derrida «no está nunca presente como tal» (*Espectros*, 12); sin embargo, aunque es una «cierta ‘cosa’ difícil de nombrar: ni alma ni cuerpo», es también «una y otro» (20). Es por este paradójico cruce de corporalidad e intangibilidad, de (re)aparición y desaparición que, para Villalobos-Ruminott, «la ceniza, el rastro y el espectro» pueden concebirse como

formas anacrónicas de la presencia que interrumpen la identificación y alteran el engranaje maquínico constituido por la tensión entre soberanía y acumulación, haciendo posible la aparición de la ruina, la fosa común y el cenotafio generalizado como lugares en los que se juega el sentido de una historia que cada vez más parece ser la historia natural de la destrucción (Villalobos-Ruminott 201).

No sorprende, por lo tanto, que en un libro como *Autobiografía del algodón*, dedicado a recorrer «las huellas habitadas» de un paisaje como la frontera norte de México, que ha vivido —y sigue viviendo— tantas desolaciones, Cristina Rivera Garza tire precisamente de estas ideas. Publicado por primera vez en 2020, este volumen lidia con las múltiples travesías migratorias que los abuelos de la autora emprendieron sobre este paraje, con los pocos rastros que sobre ellas quedaron trazados en documentos, vestigios y ficciones, así como con los propios movimientos de exploración, investigación y migración de Rivera Garza. A través de sus líneas, la autora se entrega a un ejercicio que en otros lados ella misma ha denominado, haciendo eco de los esfuerzos teóricos de figuras como Gordillo y Villalobos-Ruminott, «escritura geológica». Según explicaba en un texto crítico de 2022 donde retoma, sistematiza y aplica este concepto, «las narrativas de origen de la geología, y por ende de la Tierra misma tienden a ocultar esta experiencia de opresión y sufrimiento que, sin embargo, permanece en el presente de manera material en forma de sedimentos» (Rivera Garza, *Escrituras geológicas*, 12). Una escritura geológica, en cambio, «se propone [...] como una operación desedimentativa», es decir, como una forma de «auscultar y levantar, interrogar y subvertir» aquellos sedimentos «en ese recorrido vertical y descendente (o ascendente, si la materia bajo escrutinio es la atmósfera) que exige la conciencia del tiempo profundo» (14).

En concreto, las escrituras geológicas se plantean como formas de identificar y hacerse cargo tanto de sedimentos textuales como de «las múltiples capas que, sobrepuestas una sobre otra, constituyen un pasado que nunca se pierde, sino que se conserva en rocas, paisajes, glaciares y ecosistemas varios» (Rivera Garza, *Escrituras geológicas*, 13). Así, aunque se trata de un libro que trabaja sobre un origen vital y familiar particular, la *Autobiografía del algodón* de Rivera Garza pone el énfasis, como su título indica, en la materialidad de los recursos y del ambiente unidos al tiempo y a la vida, a la vez que en los tiempos y las vidas que afectaron un territorio cambiante, y que se conservan en él como indicios o, acogiendo la paradoja, como virtualidades sedimentadas. Moviéndose entre las ruinas, los escombros y las cenizas que ha dejado en la frontera el cultivo de algodón, la autora construye, es cierto, una forma de «narrativa del regreso» (Hirsch 279). Sin embargo, más que al reconocimiento de un pasado familiar perdido, el retorno de Rivera Garza narrado en este libro se aboca a un origen que la apela, aunque la rebasa, y que está tan estratificado y tan marcado como el territorio en que se imbrica y se excava:

Todo lo que nos ha antecedido nos marca. Toda marca de apariencia personal tiene una genealogía que les pertenece a grupos enteros. Esta es la historia de mis abuelos, abriéndose paso entre matorrales y huizaches, lodo, culebrillas. Tiempo. La historia de cómo una planta humilde y poderosa transformó las vidas de tantos, comunidades enteras, hasta el clima mismo. La historia de cómo, aun antes de nacer, el algodón me formó (Rivera Garza, *Autobiografía* 292).

Estratos de producción destructiva

La elección de anudar la autobiografía, la genealogía y la geología con el tránsito sobre las ruinas del algodón no es gratuita. En el paisaje fronterizo del norte de México, según afirma Rivera

Garza, «el algodón es una huella triste. Inmisericorde. Atroz» (*Autobiografía* 292). Se trata de una planta cuyas promesas y consecuencias sobre el terreno habían movilizad, especialmente a lo largo del siglo xx, viajes de ida y de regreso, asentamientos y éxodos, subsidios y huelgas, construcciones y devastaciones. Y todos ellos son aspectos que han quedado aglomerados a manera de marcas, vestigios y ausencias en un paraje hoy palpablemente desolado.

En un primer momento, las promesas de prosperidad del cultivo de algodón en la zona estaban animadas por un desafío inaudito: vencer tanto la infertilidad como el despoblamiento del desierto. Según se cuenta en *Autobiografía del algodón*, este fue el aliciente que llevó a los abuelos paternos de Rivera Garza a suspender el nomadismo en el que esa recia combinación entre la esperanza y la necesidad los había mantenido durante años o, al menos, a dirigir esta misma combinación hacia un proyecto donde veían una oportunidad que los planes anteriores no parecían ofrecer: «les urgía ya darle rienda suelta a su propio futuro» (Rivera Garza, *Autobiografía*, 143). Fue, asimismo, lo que guio a sus abuelos maternos en su retorno desde Estados Unidos, una vez que las políticas de expulsión del presidente Herbert Hoover (1929-1933) desencadenaron, a punta de severos controles migratorios, una ola de repatriaciones que no tenían más opción que transitar entre incertezas, aunque con una «sosegada esperanza del regreso» (240). Así, según explica Rivera Garza, «a un lado de la frontera, en la frontera misma de todas las cosas, estaban los que no tenían nada, excepto fe. Se necesitaba en verdad no tener nada para venir hasta acá. Y se necesitaba esa testarudez de las piedras» (25). Lo sabía también el propio gobierno mexicano, que, concretamente en el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas (1934-1940), puso en marcha diversos proyectos de infraestructura de regadío y de dotación de tierras para el campesinado con su propia esperanza puesta en que el repoblamiento de la frontera norte pudiera, además de contribuir a paliar la pobreza del sector rural, hacer frente a la amenaza del imperialismo estadounidense. Estas son las condiciones en las cuales el algodón, «ese arbusto chaparro, de un verde alicaído, se había enfrentado a la sequía y al salitre, a la incredulidad y al latifundio, y había ganado. El desierto, con él, había doblado las manos» (18).

Sin embargo, aunque quitarle a este terreno su calidad de desierto se proyectaba, en un inicio, como un anuncio de prosperidad ilimitada, estas ilusiones pronto quedaron sepultadas o incluso, sorprendentemente, sumergidas. Estación Camarón, Estación Rodríguez y Ciudad Anáhuac, así como otros sitios protagonistas de la trasmutación del desierto en campo que detalla el libro, no solamente fueron lugares afectados por los embates, nunca inocuos, de la agricultura y de los profundos conflictos económicos, ecológicos y territoriales que las promesas agrarias habían levantado, sino que en 1935 también sufrieron la devastación de un desastre natural: «¿Quién se iba a esperar una inundación en pleno desierto?» (Rivera Garza, *Autobiografía*, 71). Tal combinación provocó una destrucción tan profunda que, como retrata de forma novelada *El luto humano*, de José Revueltas, ahí solamente quedó una «desgracia de tierra apenas con sus cactus llenos de ceniza y agrio jugo de lágrimas remotas, hundidas en lejana geología» (s.p.). En consecuencia, estas zonas secas, aunque equipadas de una considerable infraestructura hidráulica, fueron paulatinamente abandonadas y, en la mayoría de los casos, sucumbieron a otros «ciclos de producción destructiva» (Rivera Garza, *Autobiografía*, 290):

Aunque descrito una y otra vez como yermo, improductivo y pobre, el territorio fronterizo del norte de México no ha dejado de producir riqueza a lo largo del tiempo. Del algodón al fracking, pasando por el sorgo y la maquila, los momentos de abundancia y devastación se han sucedido unos a otros en ciclos cada vez más intensos y más breves sobre un desierto que, lejos de las acepciones que lo retratan como carente de vida, emerge una y otra vez con nuevos y

variados recursos naturales. Es el mismo desierto que las leyes de migración estadounidense han transformado en un arma mortífera para cientos de miles de trabajadores indocumentados. Es el mismo desierto que, en manos de los ideólogos del liberalismo tardío, ha dado pie a un sinfín de tecnologías de corrección, la agricultura, entre ellas. Ahí, entre correccaminos y piedras, bajo temperaturas que llegan con facilidad a los 45 grados centígrados, yacen también los huesos de tantas y tantas mujeres que el patriarcado y el capital desechan a su paso (Rivera Garza, *Autobiografía*, 283-284).

Así pues, los efectos de la devastación relacionada con el cultivo del algodón siguieron expandiéndose a través de los nuevos estratos temporales que se apilan en lo que de estos sitios queda en el presente, pero también en las huellas de quienes, como los abuelos de Rivera Garza, como sus padres o como ella misma, después tuvieron que partir a buscar, de nuevo, nuevos futuros en otro lado: «Nadie busca una nueva vida si no ha dejado una vida atrás. O varias» (Rivera Garza, *Autobiografía*, 185). Por ello, según se advierte en los esfuerzos narrativos e interpretativos de *Autobiografía del algodón*, en la actualidad es imposible acercarse a las ruinas de los múltiples procesos de esperanza y desolación de estos y otros lugares fronterizos como si se visitara un mero monumento o una reliquia. En primer término, porque la frontera no ha dejado de alojar ambiciones y transformarse, y, en segundo término, porque tratar las ruinas simplemente como objetos dignos de veneración y restauración implicaría ignorar el carácter continuo y violento de los procesos que en ellas se congregan.

Un presente que acecha y es acechado

La conciencia que sobre la condición inacabada de las transformaciones demográficas, territoriales y económicas muestra Rivera Garza en *Autobiografía del algodón* aleja el ejercicio viajero de su búsqueda y su regreso de la lógica del turismo, que, como destaca Marc Augé, «es una de las formas más espectaculares de la ideología del presente» (86), pues en la base de sus visitas «de carácter explícitamente provisional» (60) se encuentran el afán de la verificación de lo preconocido y la satisfacción de reconocer, sin turbaciones, una imagen estable. Pero, asimismo, lo aleja de un cierto anhelo de recuperación restaurativa de un pasado memorable ypreciado, que a menudo se asocia con los itinerarios autobiográficos y genealógicos (véase Traverso, *Pasados singulares*, 155). En lugar de disponer un viaje hacia la imagen de un pasado monumental, esta *Autobiografía del algodón* traza diversos recorridos entre vestigios que convocan dos redes de espectralidades que asedian un mismo terreno: la de un pasado múltiple, desintegrado, soterrado, y la de la amenaza presente de la devastación y la violencia. De ahí que pueda decirse que sus recorridos congregan «las dos direcciones de la hauntología. La primera remite a lo que ya *no es más* pero permanece como una virtualidad que en realidad *es* [...]. El segundo sentido remite a lo que *todavía no ha* ocurrido actualmente, pero que *ya es efectivo*» (Fisher, 45). Es lo que se advierte en las palabras de la narradora cuando destaca las dificultades de su trayecto desde Estados Unidos, su actual país de residencia, hacia el sur de su frontera:

Buscábamos los campos de algodón, sus vestigios. Si ya no estaban ahí, queríamos ver lo que estaba en su lugar, todos estos años después. Queríamos viajar del lado mexicano pero los campos de algodón de antaño se habían ido convirtiendo en los campos de batalla más álgidos de la así llamada guerra contra el narco [...], la tierra del algodón es ahora la tierra de la sangre y la tortura, la tierra de las fosas a cielo abierto, la tierra donde se *siembran* desaparecidos y se cosecha impunidad, desgracia, olvido (Rivera Garza, *Autobiografía*, 295).

En el paso del cultivo de algodón al de cadáveres, la tierra otra vez se había desertificado. En un proceso donde las tragedias de la región se conjugaban, por un lado, con el descuido de los gobiernos poscardenistas frente a la agricultura y las zonas rurales y, por otro, con el interés de las leyes de migración estadounidenses por hacer de su frontera sur un sitio inhabitable e intransitable, los mismos lugares que habían experimentado las bonanzas del algodón se convirtieron en lugares devastados, comunidades amenazadas o pueblos fantasma.

Tal es la extensión de estos efectos que ni siquiera se salvan los elementos que aún permanecen en pie de entre toda aquella infraestructura erigida en el desierto con la intención de domarlo. Basta con observar, por ejemplo, lo que ocurrió con la presa San Martín (oficialmente presa Venustiano Carranza), ubicada en el estado de Coahuila. De haber sido, a partir de la primera mitad del siglo xx, un estandarte de la posibilidad de cultivar en el terreno seco de la frontera, esta vía de contención y reparto hidráulico fue recientemente convertida, según cuenta Rivera Garza, en una «narcofosa submarina» por el grupo delictivo de los Zetas (*Autobiografía*, 30). Esta otra transformación del espacio permite igualmente vislumbrar cómo un mismo punto en el territorio puede ser, a la vez, el vestigio de las esperanzas de una cosecha y la tumba que ahoga vidas arrancadas, ambas cosas en una yuxtaposición espectral —tan material como virtual, tan efectiva como ausente— que no deja de interpelar al presente. Así lo expone la narradora en un giro que no teme corregirse sobre la marcha: «Es difícil hacer la asociación entre el agua que regó tantas hectáreas de algodón y el agua que cobija sin piedad a los muertos. Me equivoco: en los tiempos que corren, la cosa más fácil es asociar cualquier cosa con la falta de piedad que toca a los muertos» (30). Y, como ha señalado Regnar Kristensen refiriéndose al terror que desprenden los muertos del narco, «the corpse is not always the end of the story. On the contrary [...], a corpse still holds the power to stir more death» (163). En el terreno donde se siembran cadáveres también se dispersa el miedo.

Esto aleja aún más los viajes agrupados en *Autobiografía del algodón* de una lógica de la evidencia transparente e inmóvil como la que distingue al turismo y a las retrospectivas conmemorativas. Estos recorridos no se guían por la satisfacción de reconocer ni lo apacible ni lo estable, sino que se abren a las dificultades de la pérdida, el peligro de la duda y la amenaza del propio trayecto. Los abuelos de Rivera Garza habían hecho del desplazamiento una forma de mudar la propia posición, aunque sin gozar de garantías: «La errancia. Este saber que, si algo salía mal, siempre estaba ahí el camino para aligerarlo» (Rivera Garza, *Autobiografía*, 42). Y la narradora, como ellos, hace de su indagación un desplazamiento abierto a los riesgos de la búsqueda, ya en un sentido intelectual, en uno identitario o en uno material, corporal incluso. Así, por ejemplo, cuando se monta en un coche con Sorais [Castañeda] durante el primer rastreo de Anáhuac y Estación Camarón que recoge el libro, Rivera Garza no deja de advertir que su viaje está lejos de ser una contemplación pasiva de un paisaje ideal y completamente clausurado:

Tenemos que recordar que somos dos mujeres sobre una carretera que cruza el llano estepario. Estamos en guerra. Somos, en efecto, dos mujeres solas. Dos mujeres sin Estado, sin ejército, acaso sin país. Dos mujeres en ese tipo de soledad, delirando sobre el desierto, estos miles de huecos, estos miles de cráneos. El presente se acerca por el espejo retrovisor. Hay una fosa submarina no lejos de aquí (Rivera Garza, *Autobiografía*, 35).

Como en los cuestionamientos que la *hauntología* derrideana proyectaba desde su lectura de Marx, en este tipo de afirmaciones lanzadas desde una amenaza que no se constata plenamente, pero

que no por eso deja de amagar, puede verse que la arriesgada investigación del viaje abre la posibilidad de «desquiciar o desajustar la identidad consigo del presente vivo» (Derrida, *Espectros* 14). Esta dualidad del presente que acecha y el que es acechado mientras se remueven los rastros del pasado será traída a cuenta constantemente a lo largo del libro. Es la que en el viaje a Mingolea, el pueblo natal del padre de Rivera Garza, hace que el encargado de los archivos municipales de un lugar cercano les pregunte, consternado, a ella y a Saúl [Hernández] «¿Qué andan buscando realmente?» (Rivera Garza, *Autobiografía*, 105), o la que provoca que el taxista que finalmente accede, con reservas, a llevarlos al sitio responda en un inicio, lleno de miedo, «Yo para allá no le doy» (105). También es la que frustra el mencionado intento de viaje a Estación Camarón, no sin antes convertirlo, sin embargo, en el anuncio de la necesidad de «reivindicar el derecho a ocupar el espacio público y moverse a través de él» (29). Y es, igualmente, la que rasga el espejismo bucólico que de otra manera podría invadir la mirada de quien observa las zonas fronterizas donde aún hay agua, esta vez arrojando el presente hacia el futuro de la extracción y el terricidio. O al revés:

Ya entrando el atardecer, pero sobre la carretera 57, Nava-Piedras Negras, vemos a través de las ventanillas las instalaciones masivas de la cervecería Corona que rompe el paisaje rural con un aura de otro siglo. ¿Estamos en el futuro, cuando la tierra ha sucumbido ya a los designios de unos cuantos prepotentes hambrientos de recursos naturales? Unos kilómetros después, ya en la municipalidad de Nava, las numerosas chimeneas de una planta termoeléctrica, la Carbón II, operada por la Comisión Federal de Electricidad, nos colocan de nueva cuenta en ese futuro que ya llegó. Afuera: los montones de carbón a cielo abierto y las nubes sucias. Adentro: vámonos de aquí lo más pronto posible (Rivera Garza, *Autobiografía*, 297-298).

Augé aseguraba que la contemplación de ruinas permite que entremos en un tiempo otro gracias, ante todo, a la observación del modo en que las fuerzas naturales participan sobre un objeto de cultura. En este sentido, advertía que «las destrucciones realizadas por las catástrofes naturales, tecnológicas o político-culturales [...] pertenecen a la actualidad» (Augé, 110-111) y no directamente a la temporalidad pura, sin fecha, de la ruina. El libro de Rivera Garza, en cambio, parece retomar la dificultad de establecer una distinción precisa entre estos dos aspectos. Los vestigios por los que se desplaza congregan distintas vías de destrucción, algunas de las cuales se amontonan no como erosión, sino como amenaza. Por eso sus viajes, lejos de experimentarse como una contemplación o como un espectáculo que se sustrae de la historia, se insertan en ella y participan de sus cruces. Por eso, asimismo, la narradora que experimenta los vestigios intenta orientar sus movimientos —aunque no siempre con suerte— hacia la acción comprometida con un *ahora* tan problemático como el *antes* sobre el que se desplaza. Esto es lo que le permite acompañar su búsqueda y su retorno con una consigna: «Viajar como una forma de reclamo fundamental» (Rivera Garza, *Autobiografía*, 29).

Constelación y larga duración

La experimentación de este «desquiciamiento» del tiempo no implica necesariamente una desconexión absoluta respecto al curso vital, generacional o geológico. Los múltiples trayectos de los personajes de *Autobiografía del algodón* nos recuerdan que algunos viajes difícilmente pueden interpretarse, a manera de aventuras, como una «forma autosuficiente, como determinada y sustentada por un centro interior», separada de «toda interrelación con lo que viene antes y lo que viene después» (Simmel, «La aventura» 13). Por el contrario, el hecho de que la narración yuxtaponga, ya sea en

fragmentos contiguos o en un mismo gesto que resalta su confluencia espectral, múltiples recorridos de múltiples tiempos, el hecho, además, de que se destaquen sus cruces y sus relaciones con las condiciones del medio en el cual se dieron, permite colocarlos en un entramado que podría describirse como *constelado*.

Y es que Rivera Garza, como antes Gastón Gordillo, parece adoptar en *Autobiografía del algodón* un modelo similar al de la constelación de Theodor Adorno como una forma de conocimiento que conecta los objetos con su proceso: «El único saber capaz de liberar la historia encerrada en el objeto», destacaba este filósofo, «es el que tiene en cuenta el puesto histórico de éste en su relación con otros, el que actualiza y concentra algo ya sabido transformándolo. Conocer el objeto con su constelación es saber el proceso que ha acumulado» (Adorno 166). Es en este particular sentido que puede entenderse la insistencia de Rivera Garza por postular la ubicación de los trayectos que anuda en este libro dentro de una historia material y una larga duración. Así, por ejemplo, cuando la narradora aborda su propia migración hacia Houston a finales del siglo pasado, no deja de resaltar que lo que «en la instantánea de una generación [...] parecería una decisión individual más o menos pragmática», tiene, en realidad, motivaciones y consecuencias que se encuentran enlazadas, estratificadas incluso, de manera mucho más amplia: «Poco sabía yo», admite, «que, en la *long durée* de mi propia historia, esa emigración emulaba muchas otras más iniciadas décadas, si no es que siglos atrás. El regreso a la frontera. El apego a la frontera. Poco sabía que lo que estaba a punto de definir como aventura era, también, una expulsión» (Rivera Garza, *Autobiografía*, 276).

En estas palabras, por un lado, puede escucharse el eco de la forma en que el historiador Fernand Braudel defendía la necesidad de prestar atención a «las rutas tranquilas y monótonas de la larga duración» (95) y del «tiempo lento en transcurrir» (63) de las realidades sociales, pero, por otro lado, también puede detectarse la resonancia de aquel «tiempo profundo», aquellas «enormes duraciones» de «los estratos geológicos, los climas, la Tierra» que, según afirma Jussi Parikka, «parecen burlar las escalas temporales de nuestros pequeños asuntos» (18). Rivera Garza, sin embargo, inserta el concepto de la larga duración en un contexto donde las múltiples evoluciones que subyacen en cada particular desplazamiento no dejan de resaltarse. Así, advierte la relación de cada uno de estos movimientos con un ambiente político, económico y ecológico que comparten no como mero paralelismo monótono, sino como vínculo nodular: al igual que la repatriación de sus abuelos maternos, su migración hacia otra patria no era «un viaje en el sentido moderno del término: visitar o recorrer, desplazarse, ser transportado. Hay que llamar a las cosas por su nombre: se trata de una expulsión» (Rivera Garza, *Autobiografía*, 237). Solo en ese sentido, particular aunque conectado, ubicado en un proceso general pero actualizado de forma singular, en esta genealogía geológica vista desde su constelación, su partida rumbo a Estados Unidos era, en realidad un regreso, uno, además, compartido por muchos otros, toda vez que cuando «el régimen neoliberal decidió entregar el campo a la producción destructiva del capital» terminó por «convertir a los miles y millones de campesinos y agricultores en mano de obra barata, tanto en México como en forma de migrantes hacia los Estados Unidos» (279). Habiendo auscultado su caso y el de su familia, Rivera Garza se pregunta, entonces, «¿Cuántos, de entre todos ellos, irían en realidad de regreso? En el *long durée* de un país que una y otra vez ha insistido en procesos de terricidio, ¿cuántos de los desplazados eran hijos o nietos de los que ya habían estado allí?» (279).

El tiempo lo cura todo, excepto las dudas

Otro tanto puede decirse de la investigación misma que permite el reconocimiento de estos paralelismos y estas conexiones. En efecto, las búsquedas entre los vestigios del algodón no se ubican en ninguna antesala totalmente aséptica respecto a esta larga duración y a sus respectivos espacios de tránsito. Antes bien, las andanzas investigativas que le permiten a Rivera Garza tomar conciencia del carácter sedimentado, constelado y espectralmente habitado de los sitios donde realiza su búsqueda son, como los recorridos de sus abuelos, como los de sus padres después de ellos y como su propia migración más tarde, caminos que se abren al riesgo tanto del terreno como del saber: «En realidad vamos para allá», escribe al narrar su ya citado viaje con Sorais [Castañeda], «porque algo allá, que no sabemos, nos jala. Algo nos habla desde allá; y queremos oír. Hay llamadas a las que uno sólo puede responder moviéndose de lugar. Incomodándose» (Rivera Garza, *Autobiografía*, 29-30).

Ciertamente, poca comodidad podría haber en una operación que trabaja desde las «ruinas sin glamour» (Gordillo 9-10) del desierto, del campo y de los barrios bravos, de esa frontera peligrosa, en fin, que rara vez interesa a la exhibición del turismo y a la restauración de las conmemoraciones oficiales (véase Matas Pons 24). A esto se suma, como advierte la narradora, que «la gente de campo deja pocas huellas: algún dicho, dos o tres anécdotas. Deja preguntas» (Rivera Garza, *Autobiografía*, 97). Y lo mismo podría decirse de quienes, como sus antepasados o como ella misma, han hecho de la errancia una forma de afrontar la vida: «Migrar también es borrar. Y ser borrado» (156). Si por la propia condición marginal, por descuido o por sobrevivencia, los rastros del migrante tienden a ser escasos, con mayor razón es un reto auscultar las huellas de aquellos que, como los abuelos de Rivera Garza, se desempeñaron como «agricultores nómadas —vaya contradicción— [...], jornaleros sin destino que, al enfrentarse a la injusticia o al desastre natural, toman sus herramientas y se dedican a abrir caminos con desmontes nuevos» (296-297). El conjunto de estas condiciones mina de todo tipo de imprevistos, sorprendentes o peligrosos, el camino de la investigación. La conjugación entre (re)apariciones y desapariciones termina por marcar este ejercicio, por alterarlo con su respectiva huella. Es lo que puede verse cuando la narradora empieza a hilar la historia de su abuelo paterno. De José María Rivera se conserva poco en la memoria familiar, y su primera búsqueda se da en un viaje inaudito que Rivera Garza realiza con sus padres y con su hermana, cuando las dos niñas todavía podían «dormir en la parte trasera del Volkswagen Sedan, color blanco» que la familia tuvo durante años (115):

Como el auto es el modelo más austero viene sin radio, así que nuestro largo viaje hacia el pasado, hacia el origen del origen, es un puro silencio poblado de preguntas y de fantasmas. Nunca conocimos a esos abuelos que ahora, por primera vez, mi padre insiste en convocar en nuestras vidas. No sabíamos de su existencia. Nunca habíamos escuchado sus nombres. Y no sé, mientras avanzamos por carreteras cada vez más solas, a horas cada vez más inconvenientes, si la omisión tiene que ver con el olvido o la ignorancia o la vergüenza (Rivera Garza, *Autobiografía*, 115).

La clave que abre el peligro de las preguntas, según se menciona más adelante, es que «lo único que se rumora de ese abuelo huidizo y andariego es que tuvo tres esposas, y que las tres murieron jóvenes por causas que nadie sabe y en lugares cuyos nombres nadie recuerda» (Rivera Garza, *Autobiografía*, 177). Esta primera indagación muestra los huecos de la memoria familiar y da apertura al «miedo de saber», que, según descubrirá después la narradora, no se opone a la «necesidad de saber»: «En el abrazo carnal y tumultuoso que las ata por dentro, el miedo y la necesidad se tocan, se hieren,

se azuzan, se multiplican» (118). De ahí que después decidiera continuar aquel inicial viaje familiar por lo que quedaba de Charcas, Venado y Real de Catorce —lugares mineros entre los que se movía y trabajaba José María antes de asentarse en Estación Camarón— con una desedimentación diferente, esta vez por archivos igualmente plagados de silencios y de dudas amontonadas sobre los breves escombros de una vida civil escasamente registrada. Lo que encuentra, sin embargo, la perturba: descubre (o exhuma) un acta matrimonial donde se acusaba a su abuelo de haber raptado a su entonces contrayente. A pesar de que en un primer momento este impacto la mueve a abandonar la investigación, después decide retomarla, con todo y los peligros que eso significaba para la interpretación de su propia estirpe y de su propio origen: «El tiempo lo cura todo», explica, «excepto las dudas. Todavía me muevo con cautela alrededor de estas palabras pero [...] ahora trato de guardar la compostura. Quiero saber. Incluso si es algo insoportable, quiero saber» (228).

Nada más alejado de la comodidad de una rememoración gozosa, de un retorno restaurador. Si bien puede decirse que en estos constantes viajes a un origen en ruinas hay algo de nostalgia, de —como indica la etimología de esta palabra— dolor por el regreso, por una pérdida y una destrucción que impiden el regreso, esta no sería, siguiendo la distinción de Svetlana Boym, una nostalgia restauradora, sino más bien una cercana a la de tipo reflexivo:

«Restauración» (que procede del latín *re-staurare*, restablecimiento) significa «retorno a la ‘stasis’ original» al tiempo anterior a la caída del hombre. Para el nostálgico restaurador, la nostalgia es un valor para el presente; el pasado no es un período, sino una instantánea perfecta. Es más, el pasado no tiene por qué mostrar signos de decadencia; hay que pintarlo de nuevo, conforme a la «imagen original», para que sea eternamente joven. La nostalgia reflexiva está más relacionada con el tiempo histórico y con el tiempo individual, con la naturaleza irreversible del pasado y con la finitud humana. El término «Re-flexion» hace pensar en una nueva flexibilidad, no en el restablecimiento de la «stasis». En este caso, no se cargan las tintas en la recuperación de algo que se percibe como una verdad absoluta, sino que se medita sobre la historia y sobre el paso del tiempo (Boym, 83).

Precisamente, la meditación sobre el trascurso irremediable del tiempo que realiza Rivera Garza la lleva a indagar los usos del rapto a principios del siglo xx y a comentar su conexión con la economía doméstica de las parejas del mundo rural de la época: «tanto la ineludible desigualdad de género como la precariedad económica del mundo rural», concluye, «ayudan a explicar el creciente número de hombres y mujeres que optaban por esta manera de iniciar una vida juntos» (Rivera Garza, *Autobiografía*, 229). Esto, sin embargo, no la lleva a postular una situación que pueda enmarcar y atesorar. Lejos de fundamentar una justificación o supuesta estasis, la reflexión sobre este tema se interrumpe con el reconocimiento de que, incluso auscultando datos históricos sobre el momento, recomponer un original limpio sería imposible dadas las pocas huellas que quedan. Pero, sobre todo, el texto deja claro que ninguna limpieza de escombros clausura las preguntas que los silencios de la memoria y de los archivos respecto a su abuelo, respecto a su genealogía y su origen, proyectan amenazantemente, espectralmente, hacia el presente:

¿Se enamoraron? ¿Tuvieron tiempo o ganas de participar en la danza del cortejo? ¿O la levantó él un buen día de la calle, sin su consentimiento, con lujo de violencia y anhelo de poder? ¿La sedujo con palabras dulces o regalos? ¿La violó y el mundo machista en que vivían arregló un matrimonio para salvar su honra? Imposible saberlo a ciencia cierta (Rivera Garza, *Autobiografía*, 229).

Reivindicar sin restaurar

Así pues, de la misma manera que el territorio sobre el cual se desplazan ese miedo a saber y esa necesidad de saber «da la apariencia de ser inamovible» y, sin embargo, cambia (Rivera Garza, *Autobiografía*, 207), «los documentos civiles, las actas de nacimiento o defunción, los papeles a través de los cuales nos convertimos en material administrable para el Estado parecen inmutables pero no lo son» (228). Tal como señalaba Derrida (*Mal de archivo*, 24) en una muy recurrida reflexión sobre el tema, «la estructura técnica del archivo *archivante* determina asimismo la estructura del contenido *archivable* en su surgir mismo y en su relación con el porvenir. La archivación produce, tanto como registra el acontecimiento». El archivo, entonces, no da soporte, resguardo ni domiciliación a nada sin con ello seguir y procurar una autoridad, una ley y, por lo tanto, sin llevar a cabo una labor de selección y discriminación. No obstante, también es cierto, como insiste Rivera Garza (*Autobiografía*, 228), que «las leyes cambian. Los énfasis del escribano en turno varían. Las situaciones a veces van más allá de lo habitual». En este sentido, los archivos no solamente albergan el acecho de lo inesperado, sino también las huellas tanto de la autoridad y del dominio como del cambio y la estratificación. Por ello son, como el territorio, susceptibles de una operación de desedimentación (véase Olaizola, 90).

Si, como advierte Rivera Garza (*Escrituras geológicas*, 12), «la geología [...] nos recuerda constantemente que somos tiempo», los archivos son susceptibles de una lectura geológica que intente acercarse, incluso, a las omisiones, las destrucciones y los aspectos de los que «nadie sabe nada», la «doble negación de la ruina» (Rivera Garza, *Autobiografía*, 77). Esto puede notarse cuando la narradora de *Autobiografía del algodón* escarba entre los registros archivados sobre su abuelo paterno. Aunque José María Rivera había sido identificado como indígena en documentos anteriores, a partir de su salida desde Venado hacia el norte «nunca nadie volvería a llamarlo indígena» (122). Se trata de información que la propia Rivera Garza desconocía y que contradice el mito del mestizaje que sustenta buena parte de la narrativa histórica mexicana (156), así como su propia impresión inicial de que el escritor José Revueltas había cometido un «error de proyección mesoamericana» (156) al poblar de personajes indígenas *El luto humano*, una novela ambientada en los parajes y los acontecimientos que son también los de *Autobiografía del algodón*. La omisión repentina de esta información sobre su abuelo deja abiertas las dudas sobre las constricciones de poder ejercidas por los archivos entre los que la escritora realiza su búsqueda, así como sobre las posibilidades de sus familiares y de la memoria familiar para enfrentar el principio de archivación «en un territorio que, como el norteño, acostumbra a contar su historia como la historia de la desaparición de las naciones indígenas» (156). De este modo pueden identificarse los silencios profundos cuando los múltiples sedimentos de los archivos se recorren geológicamente y prestando atención a sus conexiones en constelación.

Esto acerca la investigación de archivo a la incomodidad y el riesgo del desplazamiento por la frontera desolada —que, de hecho, en varios casos es realmente su marco espacial—, pero también a sus posibilidades de reivindicar sin restaurar, mostrando los múltiples procesos sedimentados en un objeto, en abierta y arriesgada reflexión: «¿Para qué se lleva al cuerpo propio hacia la negación de la negación del espacio? Para que el cuerpo lo atestigüe: aquí hubo un campo de algodón. Aquí, una ciudad. Esto es el tiempo» (Rivera Garza, *Autobiografía*, 79).

Excavar como viajera

Puede verse, entonces, que esta genealogía y este retorno a los orígenes no se complacen en el reconocimiento intacto de aquello que se conserva, de aquello que se espera encontrar o de aquello que se conmemora pasivamente o en veneración. Como Walter Benjamin, Rivera Garza evidencia en *Autobiografía del algodón* que «quien quiera acercarse a lo que es su pasado sepultado tiene que comportarse como un hombre que excava. Y, sobre todo, no ha de tener reparo en volver una y otra vez al mismo asunto, en irlo resolviendo y esparciendo tal como se remueve y esparce la tierra» (Benjamin, «Excavar y recordar», 350). En este sentido, se acerca también al Sigmund Freud de «La etiología de la histeria», quien afirmaba que para «atacar [...] el campo en ruinas» hacía falta «practicar excavaciones y descubrir, partiendo de los restos visibles, la parte sepultada» (132). Sin embargo, se distancia notablemente de la confianza que ponía este pensador en la posibilidad de que estos esfuerzos desembocarían en «descubrimientos [que] se explicarán por sí mismos» (132). Lejos de la postulación freudiana de una anamnesis, de un retorno memorial y «cuasi extático a un origen», realizado «en directo, sin mediación ni retraso», como una excavación arqueológica que no precisa «ni siquiera la memoria de una traducción» (Derrida, *Mal de archivo*, 100), Rivera Garza, siguiendo los pasos trashumantes de otros, admite su propia posición cambiante, afectada por el paisaje y por el tiempo y, por lo tanto, asume que sus aproximaciones son apenas tentativas, apenas provisionales. Si bien es cierto que ataja la necesidad de emprender una desedimentación para acercarse a un pasado que no se le dispone como un asunto inmediato, reconoce igualmente que su búsqueda actúa sobre unas huellas que también terminan por alterarla. Por ello sus excavaciones no reparan un origen estático, sino que forman parte de una transformación viajera que irrumpe en los sedimentos sin borrar su propia huella y su propio proceso de excavación y de traducción. En este sentido, puede decirse que su operación se acerca, aunque con objetivos distintos, a la de algunos historiadores que, como comenta Enzo Traverso (*Melancolía*, 40) siguiendo a Siegfried Kracauer, pueden describirse al mismo tiempo como «exiliados», irremediamente separados de aquello que abordan, y «‘testigos’, porque están profundamente implicados en los acontecimientos que constituyen el objeto de su investigación». Rivera Garza se desplaza en una temporalidad múltiple donde no puede sino dejar su impronta. Inserta su recorrido en una constelación que la apela y a la que contesta.

«*Vine a importa más que vine de. Los migrantes sabemos eso*», escribía Rivera Garza en un libro dedicado a Juan Rulfo, otro reconocido nómada (Rivera Garza, *Había mucha neblina*, 69). Difícilmente puede aspirar a un origen distinto quien admite su posición en el tránsito constante de una larga duración fuertemente atravesada por múltiples fuerzas destructivas, donde cualquier estasis parece una remota quimera. Esto también marca la distancia del reconocimiento del paso del tiempo tal como se pone en marcha en *Autobiografía del algodón* frente a una lógica historicista como la que célebremente denunciaba Benjamin («Sobre el concepto», 318), una que «se contenta con establecer un nexo causal entre momentos diferentes de la historia». Por ser una operación lo mismo de trashumancia geográfica y archivística que de exhumación geológica, el ejercicio viajero de Rivera Garza se mantiene atento, más bien, a la mutabilidad de los vestigios en el territorio, en la memoria y en los documentos, así como a las preguntas que tales transformaciones y marcas dejan abiertas, especialmente cuando el escenario de la búsqueda congrega un presente amenazado y varios pasados omitidos, derruidos o inhumados.

Con todo esto a cuestas, y para intentar apenas cercar un recorrido que —como se ve— no concluye, vale la pena rescatar una intuición de Augé según la cual, «si todo viaje sigue siendo un tanto

iniciático, quizá se debe a que toda iniciación implica una especie de viaje (fuera de uno mismo, hacia los otros)» (74). Tal vez en esta experiencia liminar residan tanto el encanto como el atractivo crítico de acercarse a las ruinas. En todo caso, en las páginas de *Autobiografía del algodón* puede notarse cómo, en su palpable inacabamiento y sus tensas conexiones con materia y tiempo, el encuentro con los territorios y los archivos en ruinas resalta aún más la alteridad implicada en nuestros desplazamientos. La vista en constelación de estos espacios no solamente desquicia la identidad consigo mismo del presente, sino también la del propio viaje y, en última instancia, la de la propia viajera.

Bibliografía

- ADORNO, Theodor (1975). *Dialéctica negativa*. Madrid: Taurus.
- AUGÉ, Marc (2003). *El tiempo en ruinas*. Barcelona: Gedisa.
- BENJAMIN, Walter (2008). «Sobre el concepto de historia». *Obras*, libro I, vol. 2. Madrid: Abada, pp. 305-318.
- (2010). «Excavar y recordar». *Obras*, libro IV, vol. 1. Madrid: Abada, pp. 348-352.
- BOYM, Svetlana (2015). «La nostalgia reflexiva: realidad virtual y memoria colectiva». *Nostalgia del futuro*. Madrid: Antonio Machado Libros.
- BRAUDEL, Fernand (1968). *La historia y las ciencias sociales*. Madrid: Alianza.
- DERRIDA, Jacques (1997). *Mal de archivo. Una impresión freudiana*. Madrid: Trotta.
- (2003). *Espectros de Marx*. Madrid: Trotta.
- FISHER, Mark (2013). *Los fantasmas de mi vida. Escritos sobre depresión, hauntología y futuros perdidos*. Buenos Aires: Caja Negra.
- FREUD, Sigmund (1948). «La etiología de la histeria». *Obra completa*, tomo I. Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 131-146.
- GORDILLO, Gastón (2014). *Rubble. The Afterlife of Destruction*. Durham: Duke University Press.
- HIRSCH, Marianne (2021). *La generación de la posmemoria. Escritura y cultura visual después del Holocausto*. Madrid: Carpenochem.
- KRISTENSEN, Regnar (2014). «Dangerous corpses in Mexico's drug war». *Governing the Dead. Sovereignty and the Politics of Dead Bodies*. Ed. Finn Stepputat. Manchester: Manchester University Press, pp. 163-178.
- MACAULAY, Rose (1966). *Pleasure of Ruins*. Nueva York: Walker and Company.
- MATAS PONS, Àlex (2021). *Els marges dels mapes: una geografia desplaçada*. Valencia: Tres i Quatre.
- OLAIZOLA, Andrés. «Las escrituras geológicas de Cristina Rivera Garza». *Boca de Sapo* año XXIII, n.º 33, 2022: 84-93.
- PARIKKA, Jussi (2021). *Una geología de los medios*. Buenos Aires: Caja Negra.
- REVUELTAS, José (1983). *El luto humano*. Ciudad de México: Ediciones Era. Versión digital.
- RIVERA GARZA, Cristina (2017). *Había mucha neblina, humo o no sé qué*. Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial.
- (2022). *Autobiografía del algodón*. Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial.
- (2022). *Escrituras geológicas*. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert.

- SIMMEL, Georg (1988). «Las ruinas». *Sobre la aventura. Ensayos filosóficos*. Barcelona: Ediciones Península, pp. 117-125.
- (1988). «La aventura». *Sobre la aventura. Ensayos filosóficos*. Barcelona: Ediciones Península, pp. 11-26.
- TRAVERSO, Enzo (2019). *Melancolía de izquierda. Después de las utopías*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- (2022). *Pasados singulares. El 'yo' en la escritura de la historia*. Madrid: Alianza.
- VILLALOBOS-RUMINOTT, Sergio (2016). «Las edades del cadáver: dictadura, guerra, desaparición (Postulados para una geología general)». *Heterografías de la violencia. Historia, nihilismo, destrucción*. Ediciones La Cebra, pp. 199-214.
- ZAMBRANO, María (1993). «Las ruinas». *La razón en la sombra*. Ed. Jesús Moreno Sanz. Madrid: Siruela, pp. 312-314.